



Poder y Maldad. El Efecto Lucifer

Eduardo Macario Moctezuma-Navarro

¿Qué es lo que hace que una persona se comporte de forma malvada? ¿Existen una o varias razones específicas? ¿Acaso todos estamos igualmente expuestos a conducirnos con maldad (o en su caso, con bondad) en nuestras vidas? En los años posteriores a la segunda guerra mundial, tras difundirse las atrocidades nazis ocurridas en los campos de concentración, muchas personas en el mundo pensaron que quizá había alguna razón étnica, ineludible, la cual hizo que los nazis se comportaran con sus prisioneros con la maldad y crueldad con la que lo hicieron. “Sólo los alemanes serían capaces de algo así”, se decía. Por supuesto, detrás de eso, estaba la idea puritana de que los nazis eran execrables, pero no el resto del mundo, o mejor dicho: nosotros no somos malvados, ellos sí. Entonces ¿la maldad viene por haber nacido en un determinado lugar? Incluso cabe plantear otra explicación muy difundida: ¿las personas “enojonas”, las de mal carácter e intolerantes están predestinadas a ser destructoras de la humanidad? ¿Los tranquilos, los calmados, esos no? ¿Qué determina el comportamiento malvado? Al respecto, Philip Zimbardo, un científico especialista en psicología social, hizo un estudio en agosto de 1971, el cual, con los años adquirió mucha notoriedad en las ciencias del comportamiento, pero no sin grandes cuestionamientos éticos. Para empezar, conviene retomar una definición de maldad ofrecida por dicho investigador: “La maldad consiste en obrar deliberadamente de una forma que dañe, maltrate, humille, deshumanice o destruya a personas inocentes, o en hacer uso de la propia autoridad y del poder sistémico para alentar o permitir que otros obren así en nuestro nombre”. En su estudio experimental, Zimbardo contó con 24 estudiantes universitarios como voluntarios, para participar en un experimento sobre la mentalidad de los reclusos y el sistema penitenciario, en donde se les asignó papeles (al azar) a unos de guardias y a otros de prisioneros, confinándolos a una prisión montada en el subsuelo del Departamento de Psicología de la Universidad de Stanford, aislados de influencia o regulación exterior. Los estudiantes eran de clase media, estables tanto física como psicológicamente (de hecho, fueron los mejor evaluados de los candidatos que se presentaron), y sin ninguna tendencia o antecedente distinguible hacia la violencia. Incluso la mayoría de ellos eran pacifistas declarados y algunos hasta hippies. Bien, en este punto usted pensará que todo fue amor y paz ¿cierto? En realidad, ocurrió algo diferente. El estudio que debía durar dos semanas se canceló a los seis días. ¿La razón? Las consecuencias de los papeles asumidos se volvieron peligrosas: los jóvenes que participaron como carceleros, terminaron abusando de su autoridad hasta, en un extremo de indolencia, llegar al sadismo; los que lo hicieron como prisioneros, tomaron actitudes depresivas y sumisas ante su sufrimiento. Cabe destacar que a partir de las instrucciones iniciales dadas a los guardias, no se permitió infligir daño físico a los reclusos, pero no hubo ninguna limitante para el daño psicológico, el cual se aplicó y aumentó progresivamente hasta la abrupta detención del experimento. ¿Qué fue lo que

ocurrió con los participantes? ¿Qué explicación hay? Con respecto a los agresores, Zimbardo sugiere que, casi cualquier individuo, bajo la combinación adecuada de poder y carencia de supervisión, puede dejar de lado todo sentido moral o principios éticos y convertirse en un agente violento, cruel, opresivo, malvado. La norma de comportamiento que este autor encuentra es que, con circunstancias propicias, alguien bueno puede convertirse en una persona mala, sin importar ninguna condición social previa o rasgo moral característico, por muy inconcebible que parezca. A esto se le ha llamado “el efecto Lucifer”, por la naturaleza de la (desafortunada) conversión de ángel a demonio: Retomemos la tradición judeocristiana, bajo la cual Lucifer, siendo el ángel líder, el ángel principal de la creación, siendo el más hermoso y perfecto en todos sus caminos, cambia y termina siendo el adversario de Dios, causante de todos los males y dolores posibles, carente de piedad, de conmiseración, de empatía y de todo respeto ajeno. Siendo tan puro como era, terminó actuando con maldad y crueldad supremas. ¿Hasta qué grado? Tanto como se le ha permitido hacerlo, según la tradición mencionada. Ese es el punto. Guardada toda proporción, si usted se siente ajeno a ese rol, piénselo: ¿Quién no ha cometido un acto de maldad? Sea con intención o sin quererlo, todos tenemos algún registro de actividades de ese tipo. Si usted piensa que somos malvados porque lo traemos en los genes, porque los medios de comunicación masiva promueven ese comportamiento y/o porque el alcohol y otras drogas facilitan la liberación de la agresividad, quizá tenga razón (hay estudios científicos que lo avalan). Pero ahora, sepa usted (o confírmelo, si ya lo intuía), que tanto la calidad de los controles legales de conducta, así como los roles asumidos en la sociedad, también influyen y mucho. Tal como lo plantea Zimbardo, en ciertos contextos, el poder de la situación, o más bien, el poder de aprovecharse de la situación, puede superar al poder del autocontrol, al poder personal. Así, si nada ni nadie puede impedirlo, cualquier persona podría cambiar de conducirse con bondad a hacerlo con maldad (incluso rápidamente), bajo ciertos requisitos. En esencia: Si alguien no es adecuadamente vigilado, si cuenta con los medios físicos y verbales necesarios, y tiene la autoridad, la jerarquía o la posición social para ejercer maldad, es muy probable que termine haciéndolo. Más terminante y desesperanzadoramente dicho: Si alguien ve la ocasión para actuar con maldad, lo hará (la mayor parte de las veces). Al parecer, es parte de la naturaleza humana. Quizá esto explique por qué en el supuesto amparo de los hogares, hay hombres que pareciendo exteriormente intachables, abusan de y maltratan gravemente a sus esposas, sin que parezca importarles; o por qué hay madres que siendo dedicadas, y en su propio concepto, amorosas, pierden todo sentido de protección y llegan a ser crueles con sus hijos, dañándolos física y psicológicamente, sin tener remordimiento alguno. Para Zimbardo, la frontera entre el bien y el mal no es fija ni impenetrable, al contrario, es móvil y muy permeable. Entonces ya lo sabe: Un Hitler puede vivir dentro de usted, tanto como un Gandhi, esperando el momento oportuno de salir. ¿Qué decisión tomará usted? ¿Actuará mal sólo porque le es posible hacerlo y salir bien librado? ¿O se conducirá adecuadamente con respeto a sus semejantes, aunque nadie se lo exija o sin que se le obligue? Tras



posteriores investigaciones, Zimbardo concluye que son pocas las personas que actúan sobreponiéndose al poder de la situación, a la presión del entorno, pero sí las hay. Aunque sean pocas, ese hecho es esperanzador. El tiempo que todavía duren las sociedades humanas, fuera en la Alemania nazi o sea en la Alemania actual, sea en México o en China, quizá tenga que ver con la respuesta a preguntas tan simples como estas últimas. Al respecto, quizá convenga recordar la regla de oro de los evangelios: Amar al prójimo como a uno mismo. ¿Qué opina usted?

